

le había contestado respetuosamente:—No hay cuidado,—acompañando la palabra con aquel ademán de seguridad, recordando ahora, le parecía haber notado cierta maliciosa expresión en los ojos, y debajo del bigote una mueca sospechosa como si quisiera decir:—Véte á dormir, que te la hago.

Y de una cosa en otra, le parecía hallarse en medio de la calle, delante del cuartel, mirando atentamente en derredor para examinar si las centinelas estaban en sus puestos. Ninguna faltaba. Uná vió entre ellas que no le era desconocida: un soldado de su compañía, el más zopenco, obtuso y poltrón, y por añadidura corto de vista, y nada largo de oído.—Me gusta, decía, no parece sino que han puesto aquí de industria y adrede á este pedazo de bruto que no sirve para maldita de Dios la cosa.—Y lo vigilaba. La centinela asomó la cabeza fuera de la garita, echó un vistazo á derecha é izquierda, y convencido de que nadie le observaba, dejó el fusil en uno de los rincones, lióse en la manta, sentóse, apoyó la cabeza sobre las rodillas, y á dormir. El pobre soñador se arrojó enfurecido sobre aquel bribón, cogióle por la espalda, sacudióle de firme y soltó una interjección...

En el mismo instante parecióle oír un feble rumor sobre su cabeza, y levantó los ojos hacia las ventanas. Por uno de los antepechos asomó y comenzó á moverse una cosa negra, que se prolonga, se prolonga y va bajando paulatinamente hasta llegar al suelo. Es una cuerda. Después de haberla acompañado con la mirada en su movimiento de descenso, vuelve á levantarla, y ve que por la ventana susodicha asoma una cabeza; dos hombros; una figura completa de la cabeza á los pies; que gira prudentemente sobre sí misma, se amarra á la cuerda, descende y se larga. Echa á correr en pos de ella, la sigue de cerca: le alcanza: extiende la mano para cogerla por el capote...

En aquel instante se detiene delante de una puerta: la

puerta de la cantina. La empuja suavemente: cede. ¡Qué fragor! Estrépito de platos: chocar de copas: confusa gritería de voces roncas y estridentes, de cantares y blasfemias, y un olor á pipa que echa de espaldas. Detúvose un momento; empujó de nuevo la puerta y se abrió de par en par. ¡Qué espectáculo! La estancia se hallaba llena, colmada de soldados; cual vestido, cual en mangas de camisa, cual con el capote echado encima de los hombros á modo de capa española y la gorra en el cogote con aire de jaque: uno sentado sobre la mesa, otro á horcajadas en una silla, este echado de bruces sobre un banco: ese tendido á la bartola en el santo suelo: todos con los ojos abotagados y el rostro encendido: algunos calamocanos, otros ebrios del todo: los más durmiendo la mona: tal trataba de incorporarse y volvía á caer sobre el banco lo mismo que un costal: otro que, tras poderosos y repetidos esfuerzos, había logrado ponerse en pie, andaba tambaleándose chocando contra las mesas y haciendo temblar copas, vasos y botellas, que al chocar unos con otros sonaban sonoramente, y en todas partes gran movimiento de naipes y dinero, y un incesante sacudir del aire con las manos, y gritos y carcajadas, envuelto todo y confundido dentro de una densa nube de humo capaz de asfixiar á quien lo respirara un cuarto de hora.—¡Fuera! ¡Fuera!—comenzó á gritar el malhadado soñador.—¡Sargento, sargento! tome usted el nombre de todos: ¡dentro todos: á la prevención todos: todos á...

En aquel momento le pareció oír detrás de sí un chirrido semejante al que pudiera producir una pesada puerta sobre sus goznes: volvióse; miró en derredor, y se encontró en el corredor de la entrada, junto á la puerta del cuartel. Una sombra negra avanzaba recatándose á lo largo de la pared, semejante á una figura de bajo relieve dotada de movimiento: daba dos pasos; se detenía; miraba en derredor; volvía á caminar; deteníase de nuevo como dominada por el temor.

Llegada que hubo á la puerta tosió, arrastró ligeramente los pies, y en el mismo instante apareció junto al dintel del cuerpo de guardia otra figura circunspecta y recelosa como la primera. Cambiaron algunas palabras en voz baja, abrióse la puerta poquito á poco, y desapareció uno de los dos: — Le he reconocido; — pensó el durmiente. — Es el sargento de la octava. — Y volvió la cabeza y vió otro, y un tercero después, y un cuarto: el sargento de la quinta, y el furriel de la sexta, y el furriel de la tercera... — ¡Ah, bribones! — imaginó gritar, — ¡á la prevención todos! ¡todos á la prevención! ¡Sargento de guardia! Sargento...

Entonces le pareció que con la mano estaba tocando algo fofo y blanducho. Fija la atención. Es un lecho. Después otro: otro luego: y otro, y otro, y una larga hilera de camas. Mira en derredor y comprende que se encuentra en una de las cuadras. Una lucecilla colocada en el fondo de la vasta sala iluminaba débilmente los objetos: silencio profundo: habríase percibido el vuelo de una mosca. De pronto uno de los durmientes comienza á roncar, débilmente al principio, después con más fuerza; al cabo de un modo tal que se le habría oído desde la calle. Despiértase alguno: el que dormía en el lecho inmediato estira los brazos, bosteza, se restrega los ojos, y dice al fin: — ¡Tú! ¡Á ver si duermes como un cristiano! — Nada, no se da por entendido. — ¿Has oído? ¡Que duermas como un cristiano! — grita el vecino con más fuerza. Nada: como si se lo dijera á la pared. — ¡Voto al demonio! — exclama éste saltando de la cama: — Ahora verás cuántas son cinco. — Y se va en derechura á la del que sigue roncando, le coge del brazo y le da una sacudida tal, que se mueven á su impulso, no sólo su lecho, sino los más cercanos. El que roncaba se menea; despierta, presume, comprende; de un puntapié sacude á la manta, suelta un terno; da un salto, y de pie con la almohada en la mano, le sopla al importuno un pescozón de primera. Éste se lo devuelve doblado: el primero repite:



El oficial de guardia

Llegada que hubo á la puerta tosió, arrastró ligeramente los pies, y en el mismo instante apareció junto al dintel del cuerpo de guardia otra figura circunspecta y recelosa como la primera. Cambiaron algunas palabras en voz baja, abrióse la puerta poquito á poco, y desapareció uno de los dos: — Le he reconocido; — pensó el durmiente. — Es el sargento de la octava. — Y volvió la cabeza y vió otro, y un tercero después, y un cuarto: el sargento de la quinta, y el furriel de la sexta, y el furriel de la tercera... — ¡Ah, bribones! — imaginó gritar. — ¡á la prevención todos! ¡todos á la prevención! Sargento de guardia: Sargento...

Entonces le pareció que vez la mano estaba tocando algo fofó y húmedo. Fija la atención. Es un lecho. Después otro: otro luego: y otro, y otro, y una larga hilera de camas. Mira en derredor y comprende que se encuentra en una de las cuartas. Una lucecilla colocada en el fondo de la vasta sala iluminaba débilmente los objetos: silencio profundo: habríase percibido el vuelo de una mosca. De pronto uno de los durmientes comienza á roncar, débilmente al principio, después con más fuerza; al cabo de un modo tal que se le habría oído desde la calle. Despiértase alguno: el que dormía en el lecho inmediato estira los brazos, hosteza, se restrega los ojos, y dice al fin: — ¡Tú! ¡A ver! si duermes como un cristiano! — Nada, no se da por entendido. — ¿Has oído? ¡Que duermas como un cristiano! — grita el vecino con más fuerza. Nada: como si se lo dijera á la pared. — ¡Voto al demonio! — exclama éste saltando de la cama: — Ahora verás cuántas son cinco. — Y se va en derechura á la del que sigue roncando, le coge del brazo y le da una sacudida tal, que se mueven á su impulso, no sólo su lecho, sino los más cercanos. El que se meneaba se mena; despierta, presume, comprende; de un puntapié sacude á la manta, suelta un terno; da un salto, y de pie con la almohada en la mano, le sopla al importuno un pescozón de guerra. Éste se lo devuelve doblado: el primero repite:



La vida militar.

El oficial de guardia

acude un tercero en auxilio del más débil; un cuarto sale á la defensa del primero; se empeña la lucha; saltan todos de las camas; crece la gresca; se apaga la luz; las hileras se confunden; vuela un vidrio hecho pedazos, y otro después, y luego otro: los morrales salen de las estacas; las sábanas de las camas; los fusiles de los armeros... El pobre oficial, aturdido, convulso, ciego de ira, intenta largar un grito que se sobreponga á aquel fragor infernal, y da un paso atrás para lanzarse con más ímpetu en medio de aquella refriega...

Entonces le pareció que llamaban á su puerta, y que una voz pronunciaba su nombre... Palpitante, aterrado, cubierto de sudor, sentóse en la cama, prestó atención, contuvo el aliento. — ¡Teniente! ¡Teniente! El jefe de día, — pronunció de nuevo aquella voz.

— ¡Dios mío! Pronto: los calcetines, los calcetines; ¿dónde están los calcetines? No importa; el pantalón... Pero dónde está el pantalón? ¡Ah! aquí está... venga. ¡Los botitos! ¡Mal haya! pues si están estrechos y no pueden entrar: á ver, probemos, ala, ala, ala, al fin entraron. La levita... ¡Ya está! El sable... Pero ¿dónde diablos dejé yo el sable? El cinturón, ahora el cinturón; vaya usted á encontrar el cinturón. ¡Ah! aquí está...

Y así, vestido á la ligera, con la levita desabrochada, sin calcetines, sin corbata, sin calzoncillos, encaminóse apresurado á la puerta; abrióla; miró en derredor, y vióle... Sí, encontróse de manos á boca con el jefe de día, que de pie, inmóvil, rígido, con los brazos cruzados sobre el pecho y la visera del chacó calada hasta los ojos, y los ojos brillantes como ascuas bajo las fornidas cejas decía:

— ¿Ha hecho usted la ronda?

El oficial hizo un esfuerzo para tragar la saliva, y contestó apresuradamente: — La he hecho.

— Comprendido: — dijo para su capote el jefe, mirándole, — *me la ha hecho.*